

EL ARTE ES UN ESTADO INTERIOR: A PROPÓSITO DE MALGACHE, DE ELENA MORALES

ALICIA LLARENA

RESEÑA

Resulta ya un lugar común decir que es nuestra tierra un vivero de poetas, pero es cierto. Es la fauna lírica la que abunda en el panorama literario de las islas y el primer género que dio consistencia y solidez a nuestra historia literaria, proveyendo de nombres y palabras importantes la personalidad cultural del territorio. La narrativa, en cambio, y más concretamente la novela, encontró en la generación de los setenta una madurez extraordinaria sin que se advierta, salvo aisladas y muy notables excepciones, el relevo generacional que le corresponde.

En el ámbito de la escritura femenina, estas mismas observaciones podrían resultar más lapidarias. Primero, porque en la historia insular las mujeres arriban de forma abrumadora a la escena editorial en las últimas décadas del siglo XX y porque, entre ellas, no son muchas las que ejercitan el género novelesco y, mucho menos, las que lo han practicado en la treintena de su existencia.

Quizás sea ésta la razón por la que *Malgache* resulta, de entrada, un texto sorprendente y una revelación más que interesante. Primero, porque su autora, Elena Morales, llega a un género al que se califica siempre como formato de madurez apenas con treinta primaveras; segundo, porque su llegada muestra una habilidad literaria y una dosis de profundidad casi impropias de quien se estrena en estas lides; tercero, porque ha logrado articular en su novela un discurso personal y propio que se aleja, por razones varias, de la sintomatología y del estereotipo que caracteriza, en general, a la narrativa femenina de las últimas décadas (y es que habrá que recordar que los trabajos teóricos sobre la narrativa española escrita por mujeres en las últimas décadas enfatizan la abundancia con que éstas recurren, en una gran mayoría, a los relatos escritos en primera persona, a la mujer como personaje protagónico y a una temática que apela, casi siempre, a la vida afectiva o el ámbito doméstico y cotidiano).

Así las cosas, hay mucho que celebrar en *Malgache* y argumentos varios para recibir a Elena no como un joven valor de nuestras letras, sino como una voz consolidada y talentosa destinada a dejar huella en la cultura insular. De entrada, el viaje que propone su novela es múltiple y variado: por distintas geografías (Madagascar, Francia, España); por distintas temáticas (la pasión amorosa, la vida afectiva, la sociedad, la política, la música, la historia del arte); por distintas psicologías y personajes (Jou, Anne, Sandrine, Robert, Gilbert, Rosa); por lenguajes

distintos (la intimidad de un diario o de una carta, la amena agilidad del diálogo, la prosa reflexiva, el tono minucioso y descriptivo); por tiempos que abarcan la vivacidad del presente y el profundo bagaje del pasado. Un mosaico, en fin, de vivencias y de espacios que la escritora pone en escena no sólo con soltura sino también con importantes dosis de originalidad, empezando por el atractivo modo en que ha elegido titular los capítulos del libro (“Y ella creyó que la vida era así: gris”; “Desea encontrar un nuevo espejo en el que reflejarse”; “El poder del arte es incontrolable” o “Para hacer el amor es mejor utilizar una alfombra delante de la chimenea”).

La novela es, en apariencia, la historia de un hombre, Jou, ese joven malgache que en los primeros episodios sufre el frío e imprevisto abandono de Anne, abriendo de par en par la caja de sus pasiones y el tremendo vacío de pérdida de identidad. Él es el protagonista, pero él será también el hilo conductor que nos acerque, con sus viajes y sus encuentros amorosos, a otros personajes de esta historia, densos e interesantes como Sandrine, convencionales y mentalmente planos como Robert, calculadores y heridos como Anne. La galería es amplia, pero sobre todo es profunda, porque quien narra los acontecimientos tiene una habilidad extraordinaria para indagar y describir la complejidad de sus estados emocionales, para penetrar en las salas luminosas u oscuras de sus estancias psicológicas y para desgranar, a lo largo de la novela, toda suerte de jugosas reflexiones o pensamientos como éstos:

“A veces, la vida pasa sobre nosotros imperturbable, como si no quisiera molestar. La vida pasa sin hacer ruido, ni daño, ni risas, ni penas. La vida pasa y no nos damos cuenta. // Otras veces, cada instante cambia la vida; cada instante es primordial. Y hay que atrapar esos momentos para poder agarrar un nuevo trozo de vida, o la vida escapa de nuevo, como si huyera y quisiera convertirnos en seres insignificantes, intrascendentes, sin vocación o destino”.

Por cierto que esta habilidad se corresponde con ciertos hallazgos en la estructura de la novela y en el desarrollo del relato, como la acertada ubicación de los pensamientos privados de los personajes en medio de la narración o el diálogo, distinguidos siempre en cursiva.

Malgache, además, se adereza con referencias culturales atravesadas a lo largo del relato y con abundantes cavilaciones sobre el arte (sobre el desnudo masculino, la inteligibilidad del arte moderno o el retrato), elementos de donde manan algunos de los capítulos o episodios más originales del libro (véase “Si te sigo contando, nunca me queerrarás”, por ejemplo), gravitando siempre en torno al personaje de Sandrine y a su creativa búsqueda de libros-objetos. Si como ella misma dice en una de sus anotaciones sobre el arte “La esencia real de los grandes retratistas de todos los tiempos es el eterno interés del artista por el carácter y las emociones del retratado”, no cabe duda de que Elena Morales está especialmente dotada para narrar y construir la complejidad apasionada y psíquica del ser humano y que, si ello es así, lo es porque en su madura juventud tiene realmente muchas cosas que contarnos. Al fin y al cabo, “el arte es un estado interior” y el artista, como en su caso, sólo puede reflejar lo que habita en el fondo de su alma.

